

GÜNTER GRASS

23 de septiembre de 1982. Es el jueves siguiente a aquel 17 de septiembre en el que Helmut Schmidt ha dimitido después de hacer una declaración de Gobierno. Veo a Grass de vuelta de un viaje

por Nicaragua realizado con su editor Hermann Schultz, su mujer, el corresponsal católico de Televisión, Franz Alt y Johann Strasser, el teórico del SPD, el Partido Social Demócrata Alemán. «To-

dos hemos cambiado mucho —dice Grass—. Vengo de este viaje con un montón de interrogantes.» Volveremos más tarde a hablar de ello. El viaje realizado por el escritor alemán invitado por Ernesto Cardenal, ha dado pábulo a muchas suposiciones y a alguna conjetura.

Aunque no ha abandonado la política, Grass se ha permitido dos años de abstinencia. No escribe, desfoga sus energías en la escultura. Para verlo, viajo a lo largo de la costa de Hamburgo hacia el norte. Oculta entre las dunas, a 80 kilómetros de la gran ciudad, está la casa donde vive con Ute, que es música: dos antiguas construcciones de cruce-ta, en la localidad de Wewelsfleth, salvadas de las demoliciones. «Aquí querían poner un gran depósito de mercancías», me dice señalándome amorosamente con el puro las guresas maderas puestas de nuevo en su sitio. Una de las dos construcciones es su casa.

Trepa por una escalerita escarpada y atravieso habitaciones destinadas a salas de exposiciones o a laboratorio. La señora Ute me ha indicado la calle por donde encontrarlo y ahora se la ve en la lejanía, como una bella estatua de terracota. Motivos florales en terracota y bronce, garzas reales unidas las unas en las otras, como testimonio mudo de la extinción de las aves en esta región de Alemania, donde la técnica y el progreso amenazan con acabar con el paisaje. Grass vive entre los pantanos, lo que parece un mundo idílico. Pero cerca de allí está Brockdorf, hoy sinónimo de la oposición de muchos jóvenes alemanes a la entrada de la República Federal

en el temido futuro de la energía atómica.

¿Cómo se siente cerca de los talleres de la discutida instalación nuclear? «Bueno..., yo me siento a gusto donde la situación es interesante», dice lacónicamente el provocador. Para trabajar se pone unas gafas con la montura de acero. Tiene los ojos negros, la mirada vigilante, los bigotes poblados, que reconozco de golpe, incluso de lejos, entre el gentío de la Feria del Libro de Frankfurt. Un aspecto que no pasa desapercibido y que hace temblar en su momento a las entonadas damas de la era de Adenauer como si estuvieran frente al demonio.

Grass nació en Danzing, en 1927, de padres polaco-alemanes, hijo de un comerciante de ultramarinos. Católico, abandonará la Iglesia en 1974 como protesta contra la postura de los obispos en la reforma de la ley del aborto. Forzado a entrar de niño en las Juventudes Hitlerianas, será militar en 1944 y, después, en 1946, le harán prisionero de guerra. A continuación tendrá que salir de apuros trabajando como minero y tocando jazz. El primer libro de poesías, *Die Borzüge der Windhühner*, publicado en 1956, del mismo modo que sus obras de teatro obtienen el favor de los críticos aunque le resulte difícil encontrar un editor. Grass se mantiene a flote con una pequeña bolsa de estudios del editor Luchterhand. *El grupo*, una asociación de escritores progresistas bajo la guía espiritual de Hans Werner Richter, se convierte en el lugar de cristalización de los escritores alemanes de postguerra. Es aquí donde en el 58 se oyen los primeros acordes de

El Tambor de Hojalata. Más tarde se convertirá en el escándalo literario de la postguerra. Traducido a todos los idiomas, libera a Grass de todo tipo de preocupaciones materiales; pero, en Alemania esta obra será calificada de pornográfica por su lenguaje provocador y sin prejuicios.

Todo aquello que publica recibe entonces galardones y premios literarios: *Gato y Topo* en el 61, *Años de perro* en el 63, *Anestesia Local* en el 69; más tarde ocurrirá lo mismo con obras teatrales como la titulada *Los Plebeyos*; ensayan su revolución, una especie de reelaboración literaria de la revolución obrera en Berlín. Este en el año 1953, que, sin embargo, no tuvo éxito. Continúa escribiendo poesía y más tarde, en 1972 —su amigo Billy Brandt es canciller desde el 69—, publica *Del diario de un caracol*, en la que cuenta su propio compromiso en la batalla electoral, moviéndose en varios niveles literarios. Como es habitual en él, gira en torno a sus temas clásicos: Polonia, la Resistencia, el Fascismo... y el estrupo frente a la incapacidad para sentir dolor. En 1974 —Brandt deja sitio al manager Schmidt— publica *El ciudadano y su voto*, que tiene por tema la larga marcha hacia la socialdemocracia. Y Grass se dedica a los acontecimientos de política mundial, vistos no desde lejos sino desde un prisma cotidiano. La lección de Praga y —a continuación— la Revolución de mayo le interesan, y la prueba es *Lo que leen los soldados*, del mismo modo que los habitantes turcos del barrio berlinés le inspiran *Escritores y Sindicatos*. «En ningún otro país europeo las pe-

sadillas se han transformado con tanta frecuencia y de un modo tan coherente en una realidad política como en Alemania. Si no queremos que se repita la catástrofe de la República de Weimar —que sólo tuvo tibios defensores— necesitamos entonces reconocer, también con todo el radicalismo de los grupos anarquistas, que los enemigos de la democracia están todavía a la derecha y que disfrutan de poderes casi inalterados».

Estas convicciones guiarán su vida y su actividad: la llamada al electorado en 1961 para que votara al SPD, su defensa de los exiliados de la primavera de Praga en 1968, y más tarde, en el 70, su presencia en compañía de Siegfried Lenz en el ghetto de Varsovia cuando Brandt hace el gesto ya histórico de arrodillarse; su llamada a la resistencia en una conferencia celebrada en el 72 en el Ateneo fascista de la junta militar, en el 76, obliga a la editorial Lute Hanz a la democratización del consejo editorial. Se pelea con los burócratas del Este. Recoge ofrecimientos en favor de los exiliados... Grass —que se define aliado de Alfred Döblin, autor de *Berlín, Alexander Platz*— trabaja entre unas cosas y otras en la oscura trama de *El Rombo*, una obra muy ambiciosa, y en la fábula de *El pescador y de su mujer*, una parodia del feminismo, historia cultural y culinaria de la alimentación. Un éxito internacional. Los suecos deciden conceder el Premio Nobel a su íntimo amigo Heinrich Böll, por una pequeña diferencia. En 1979 publica *El encuentro de Telgte*, una parodia del grupo del 47 sobre el fondo histórico de los poetas alemanes de después

de la guerra de los 30 años (1618-1648), con retratos incisivos de los personajes y con descripciones precisas de ambientes históricos, una narración que no resulta aburrida; y ésta es otra característica de Grass, que siempre resulta agradable, picante y con una intención provocadora de efecto prolongado en la lectura.

En 1976 publica, con otros escritores comprometidos, *L 76*, una revista polémica de actualidad. La *L* indica la literatura. Hoy, en su apartamento berlinés de la Niedstrasse, del que habla frecuentemente en sus obras y que se utiliza también como redacción, esta tentativa de conciliar la inteligencia y la política se llama *L 80*.

—¿Cómo es hoy el clima espiritual en Alemania, después de los últimos cambios políticos en este otoño de 1982?

—Se acaba de cerrar una era que podríamos llamar social-liberal. Desde 1965 me he entregado a esta causa política con otros escritores colegas míos. Al principio éramos muy pocos. Ahora, después del desastre del Gobierno Erhard, presunto padre del milagro económico, se formó una gran coalición la mañana siguiente de las elecciones al Parlamento: justo lo opuesto de lo que había deseado la socialdemocracia. Aunque era fuerte estaba condenada al fracaso desde el principio, y a esta acumulación de poder se debe la degradación del parlamentarismo en Alemania. Junto con algunos amigos dimos vida —no se puede llamar de otro modo— a un conjunto de iniciativas electo-

rales socialdemócratas limando y revisando el proyecto hasta marzo del 79. En el transcurso de un año, Gustav Heinemann fue el primer socialdemócrata elegido presidente federal. Se perfilaba la posibilidad de que las nuevas elecciones pudieran cambiar el panorama político. Setenta grupos de «iniciativas electorales» diseminados por el país entraron en acción y han contribuido a hacer posible el cambio y el resultado con que contó el 69. Contribuimos a hacernos escuchar en grupos de electores que por extracción social no tenían ninguna simpatía hacia el socialismo: intelectuales, clases medias, gentes con una cultura tradicional... He seguido trabajando en este sentido también como escritor; con intensidad, hasta 1972...

—¿...el año del fracasado voto de censura contra Billy Brandt...?

—Se convocaron nuevas elecciones. Con un gran respaldo popular se llamaba el movimiento ciudadano por Brandt. Brandt consiguió cambiar las cosas a su favor... pero la victoria electoral fue demasiado notable...

—¿A qué se refiere?

Aquel éxito exagerado no favoreció a la coalición social laboral ni al conjunto del país. Por vez primera la coalición tenía en sus manos un gran poder. Pero no lo ha utilizado para grandes transformaciones. Brandt se dedicó a la política exterior mientras que en el interior, en aquel entonces, es decir, en la época de la primera crisis del petróleo se dejó, tengo la impresión, que las cosas siguieran su curso... con el SPD absor-

vido por las luchas interiores el FDP supo sacar provecho de la situación y, como aliado menos importante de la coalición, intentó sacar de quicio al principal coaligado. Y un año después, en 1974, ocurrió el llamado «Affaire Guillaume».

—*El espía de la Alemania del Este y del gabinete del canciller federal. El secretario personal del canciller era un agente de aquella potencia comunista a la cual Brandt se había abierto en la «Ospolitik»...*

—No se trataba sólo del asunto Guillaume. Brandt tenía problemas por las tensiones internas de su gabinete y concretamente por la lucha entre los ministros Schiller y Schmidt. En este momento aumentaron las tensiones incluso con Herbert Wehner.

—¿Es que el destino de los intelectuales de izquierda en Alemania es que deben fracasar cuando tienen en sus manos los resortes del poder?

—Personalmente sentí una gran decepción. Brandt representaba algo que Alemania no había tenido jamás: un hombre político que era al mismo tiempo un interlocutor válido para los intelectuales y los escritores. Por lo tanto, no es de extrañar que la unión de Escritores Alemanes pudiese surgir bajo su impronta y su protección tácita. Tampoco sorprende que después de su alejamiento de la cancillería el diálogo entre los escritores y los políticos se haya hecho más difícil. Existe, sin embargo, todavía todo un grupo de socialdemócratas con los que se puede dialogar abiertamente. Por ejemplo, con Erhard Eppler, un hombre difícil...

—¿...Que por sus simpatías hacia los verdes ha dimitido del partido y ha renunciado a su puesto?

Pero tenemos también a Hans Jochen Vogel, Jefe de la Oposición socialdemócrata en el Berlín Oeste que a mediados de los años 60, después de un violento altercado con el ala izquierda del SPD se marchó a Bonn desde Múnich y ahora prosigue esta tradición de diálogo con los intelectuales (1). Con Helmut Schmidt, por el contrario, el diálogo ha sido siempre más bien difícil. El es también un intelectual y como tal cuando llega el caso saca su odio «intelectual». Sabe mucho y tiene tendencia a querer saberlo todo. Comparado con Billy Brandt es un interlocutor indisciplinado, que no sabe escuchar.

—¿Cómo están sus relaciones con Schmidt?

—Por lo que se refiere a su capacidad justo en estos días que han dejado ver la otra cara de la medalla, es admirable. Pero no por ello se han de olvidar algunas críticas. Ha conseguido con un gran esfuerzo, después del golpe inferido por los liberales a la coalición, como consecuencia de las conversaciones secretas y después de las tentativas de anular los avances que a pesar de todo se han hecho; como decía, consiguió que la situación no se le escapase de las manos. Reemprendió el hilo de las negociaciones y demostró con sus dos discursos en el Parlamento que tenía una fuerza que desde hace mucho tiempo no le habíamos visto. En la Alemania de hoy estoy lleno de curiosidad por ver qué papel desarrollará como jefe de la oposición. Kohl, como canciller, se encontrará de

frente a un adversario muy lúcido y competente y aquí se verá precisamente el punto débil de Kohl: su incompetencia tanto en política interna como en política exterior. Para el SPD tener que vérselas con un adversario semejante será una maravilla. Pero para el país será catastrófico.

—Alemania, patria de escritores y de pensadores. Hoy el cine alemán es un premiado artículo de exportación. ¿Cómo podríamos describir nuestro clima espiritual y cultural hoy? ¿Vamos hacia una cultura de izquierdas?

—...Que de hecho no existe en el campo de la cultura —ya se trate de pintura, de literatura o de otro campo— existe entre nosotros un movimiento que irradia desde el centro. Existen también posiciones extremistas de izquierda... pero en la derecha la cosecha es verdaderamente escasa.

—¿Por qué? ¿De quién depende?

—Me parece natural que, como reacción contra el nazismo, el tercer Reich y la capitulación incondicional de 1945 la cultura, la literatura y la poesía se hayan desarrollado sólo en la zona democrática, es decir, entre las fuerzas que ya en la época de la República de Weimar habían reaccionado frente a la caída de la democracia. Y de esta forma —yo he hecho esta misma experiencia en el grupo 47— ha ocurrido que la nueva literatura alemana en gestación floreciera casi exclusivamente en la zona que va de la izquierda al centro radical socialista o socialdemócrata, si se me permite utilizar estos términos. La era de Adenauer no puede volver ni en política ni en la

cultura. Adenauer era sinónimo de restauración. En aquella época mi generación estaba decepcionada porque después de la guerra se esperaba algo nuevo y, sin embargo, todo volvía a ser igual. Esto explica también las múltiples, excesivas esperanzas de 1969 en una nueva época. Si hoy se pudiera dar marcha atrás no podrían volver a repetirse los efectos que la tentativa tuvo en los años 50. No existe ya una figura como la de Adenauer con su capacidad de pulverizar el intelecto. La población ha cambiado. Hoy no existe un terreno abonado a los comportamientos reaccionarios.

—¿Y Strauss? No me negará que tenía insuficiente poder y fuerza como para poder llegar a tener la misma popularidad que Adenauer.

—La popularidad no significa nada. Strauss ha sido siempre popular. La gente —incluso yo, que escribo— lo hemos visto siempre con una mezcla de horror y de admiración. Y ésta —se ha dejado traslucir con los votos— le ha impedido hasta ahora que llegara al poder. Y el principal artífice de esta situación ha sido él. Aunque naturalmente con su popularidad es un personaje, no me gustaría tener que prescindir de él. Representa un tipo de temperamento alemán que forma parte de nuestra realidad. No tiene talla de Adenauer, es indisciplinado, carece de control sobre sí mismo, es capaz de hablar durante horas sobre nuevos proyectos políticos sin decir absolutamente nada... Adenauer, por el contrario, era el viejo conservador obstinado, que quería implantar en Alemania los ideales separatistas que estaban ya presentes en la

República de Weimar; un hombre que, sin decir nada consiguió llevar a cabo su idea: la creación de una Alemania Occidental sólidamente apoyada en la Europa del Oeste y en Estados Unidos, configurando de esta forma una situación que, con el tiempo, ha dado lugar a la pendiente de la DDR.

—Hasta ahora hemos escuchado el punto de vista de Günter Grass como hombre comprometido en lo social y en lo político. ¿Cómo se ve a sí mismo en este mundo? ¿Cuáles son las etapas y los estadios de su actividad?

—Desde muy joven tuve la necesidad de consagrarme a una profesión artística. A los trece años lo veía muy claro pero, no se me había nunca ocurrido escribir. Y, de este modo, después de la guerra la elección de una profesión me ha supuesto un zig-zag. Los americanos me retuvieron como prisionero de guerra, trabajé como minero. Por otro lado las academias de Bellas Artes no estaban abiertas todavía y, por ello, para empezar aprendí a utilizar el escalpelo y con posterioridad, una vez terminado ese período de aprendizaje, entré en la Academia de Bellas Artes de Düsseldorf para preparar escultura, grabado, etc..., aunque ya había empezado a escribir. Incluso mi primer libro, que más tarde publiqué en Berlín (en aquella época era el alumno modelo del escritor Karl Hartung en la Academia de Bellas Artes), lo concebí, en primer lugar, como escultor. Tan solo con la novela *El tambor de hojalata* el uso de la pluma con un material épico exuberante a mi disposición, se me impone de tal modo, que sin darme cuenta me

encontré de golpe ejerciendo principalmente el papel profesional de escritor. Pero esto no obsta para que, durante esta época, en la que no pude esculpir, no dejara de dibujar y mientras escribía compaginé mi trabajo haciendo dibujos, grabados y litografías que ilustran toda mi obra en prosa. Por ejemplo, en los cinco años que he tardado en escribir *Rombo* he hecho ochenta tallas inspiradas en el tema del libro. Creo que en todo lo que he escrito había en un principio un componente lúdico abstracto, entre real y subrealista, una búsqueda de lo grotesco. Tan sólo en aquellos momentos en los que me dedicaba a un tema comprometido —mi origen y procedencia, Danzing, la ciudad perdida, perdida por culpa de Alemania pero también la época que le dio carácter a mi generación, la del Nacional Socialismo— sólo, en ese momento, el tema tomaba contornos reales.

Pero en el tratamiento de esos temas —trabajando en el *Tambor de hojalata*, en *Gato y Topo*, en *Años de perro*— tuve un cierta ruptura. Cuando terminé el *Tambor* tenía 32 años, los suficientes como para poder enfrentarme coherentemente a la decisión de hacerme escritor. Aunque hay algo que ha sido de gran importancia en mi vida: frecuentar durante años a mis colegas escritores del grupo 47. Fue el grupo quien, en 1955, leyó por vez primera lo que había escrito: Poesías... y la segunda vez también fueron poesías. Más tarde obras de teatro de un solo acto. Después pasajes del *Tambor de hojalata* e iba de una lectura a otra; leía manuscritos en aquella atmósfera densa... ¡Algo único! En aquella época nacieron

muchas enemistades que duran hoy.

—Esto se ve en el encuentro de Telgte. ¿Se trataba sólo de encuentros literarios? ¿A quién alude en el libro? O, ¿es por el contrario un tema tabú?

—No. Eran reuniones políticas y de otro tipo. Por ejemplo ENZENSBERGER. ENZENSBERGER ha sostenido durante años que se encontraba más a la izquierda que yo y en el intervalo, conforme ha perdido fuerza, se ha acercado a posiciones de derecha y publica una revista financiada con un dinero que apesta.

—¿Se refiere a «Transatlantik»?

—Exacto. Ese dinero ensucia todo el periódico. No he podido comprender jamás como ENZENSBERGER hace algo semejante. En la época de la protesta estudiantil lo apreciaba. Pero esta tentativa de salvarse lanzándose hacia una moderación que obviamente está destinada a irse hacia la derecha y a producir allí sus efectos, esto es para mí algo incomprensible, algo que rechazo y que me cierra la posibilidad de toda colaboración. Si he votado al SPD más que por mis propias concepciones personales, caóticas, anárquicas y pesimistas, lo he hecho por consideraciones racionales sin por ello afiliarme al partido donde no he intentado nunca entrar ni en aquellos tiempos en los que realizaba una actividad política. En un plano literario y político he luchado mucho por la primavera de Praga en Checoslovaquia, e hice muchos amigos entre los comunistas reformistas y los socialistas que, mientras tanto, tenían que luchar en Occidente. La

represión de Praga, con los tanques comunistas de Breznev me ha aclarado aún mejor mi postura como socialista democrático y las consecuencias las he sentido en los días pasados: dado que hoy el SPD va a pasar a la oposición, mi mujer y yo nos hemos afiliado al partido.

—*¿Qué me dice de los peligros que pueden afectar al escritor que ejerce una actividad política?*

—No soy capaz de valorarlos bien, no seré escritor de partido. Conozco demasiado bien los peligros que pueden derivar de la política.

—*En todas sus novelas se llega, entre otras, al punto de la problemática entre las dos Alemanias vistas desde su propia experiencia. Por así decirlo, es Alemania Oeste la que tiene un mayor atractivo. Pero, al mismo tiempo, hemos visto ahora que los escritores alemanes han dictado tres conferencias (en Berlín, Scheveningen, Colonia) sobre temas de la paz y los derechos humanos. ¿Qué sucede en la unión de escritores alemanes?*

—En diciembre del año pasado el escritor de DDR Stefan Hemlin invitó a algunos escritores al Berlín Este. El encuentro tenía previsto un coloquio sobre la paz y contra el rearme. Hemlin ha sido bastante generoso con los invitados: gracias a su amistad con Honecker consiguió, por fin, hacer que se aceptase no sólo a figurones del DDR, sino también a escritores de la oposición así como a algunos que cuando Wolf Biermann fue privado de la ciudadanía debieron dejar el país y viven hoy en Occidente. Esto ha dado pie a la polémica. Luego,

cuando la invitación fue devuelta por parte de la Alemania Federal tomó la dirección de las dos asociaciones y no de los escritores, de los creadores. Se dejó fuera a algunos personajes incómodos. Bert Engelmann, presidente de la Unión de Escritores de la Alemania Occidental y, naturalmente, también, el alemán oriental Hermann Kant tenían gran interés en que el encuentro no diese lugar a conflictos y esto suponía quitarle la gracia a todo el asunto. Se fomentó algo que yo llamaría «Congresismo» o «Manía Congresista». Pocas semanas después tuvo lugar el segundo congreso en el que yo no tomé parte.

Ahora se va a celebrar un Congreso en Sofía y, de esta forma, este objetivo se logrará. Pero está cada vez más claro que, desgraciadamente, los funcionarios de la Unión de Escritores Alemanes han triunfado en su intento de dejar fuera a todos aquellos escritores que, durante un tiempo vivían en la DDR desgraciadamente y que hoy viven en la República Federal, empezando por Gerhard Zwerenz y, poco a poco, con autores como Jürgen Fuchs y Wolf Matthies, que se negaron en cuanto miembros de la unión a hacer tratados como hijos ilegítimos. Y no han visto con buenos ojos que justo el hombre al que deben sus dificultades en la DDR —Hermann Kant— pueda hoy parlamentar y tratar de igual a igual a Engelmann y vaya de congreso en congreso. Pero, desgraciadamente, no se han limitado a protestar —como habría sido lo propio— y han abandonado por las buenas la unión, lo que me parece un error. Mientras, he recibido una carta de Ota Sik, que está

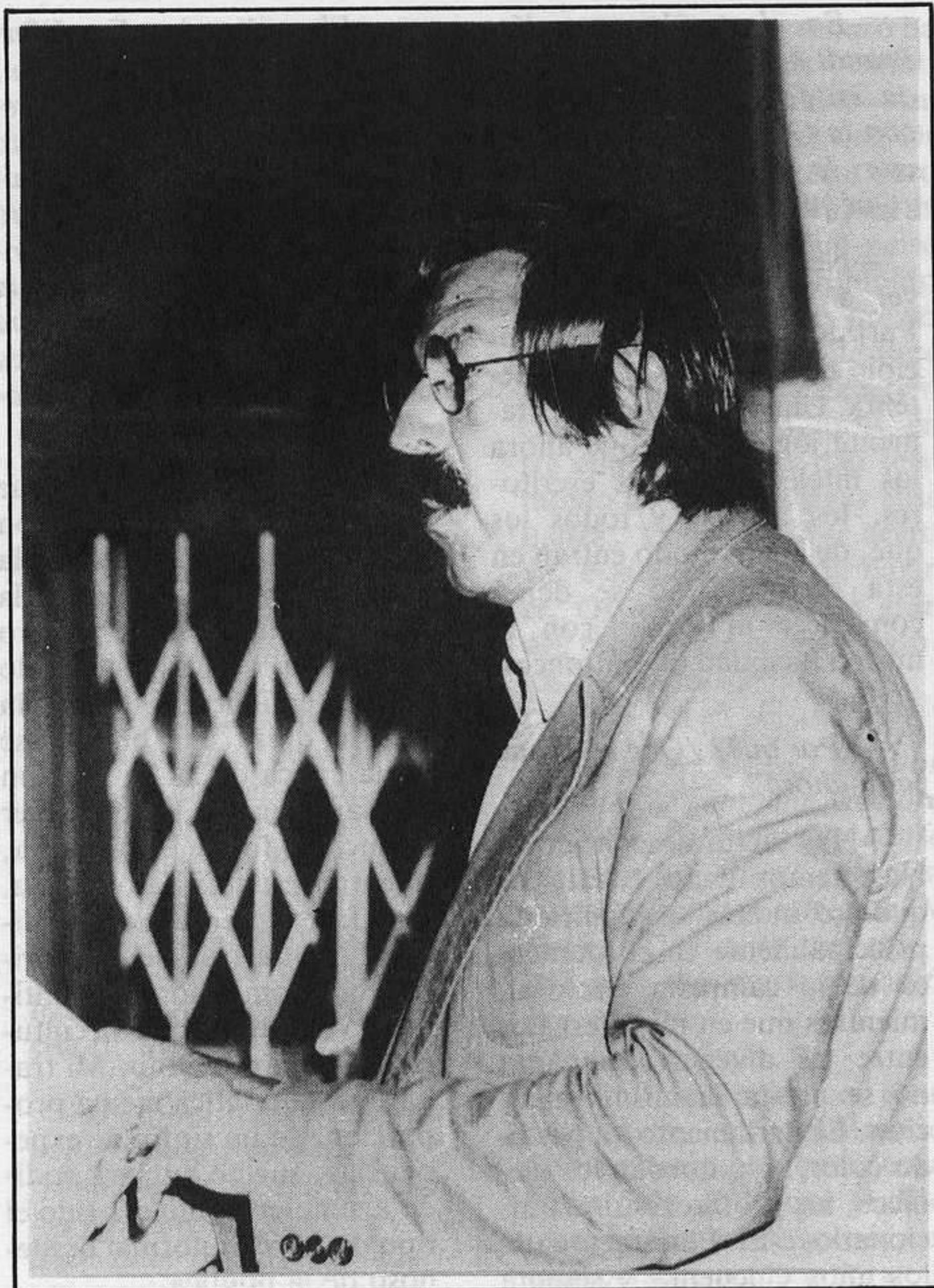
indignado como yo, por el comportamiento de la Unión de Escritores. Me dice que, a pesar de todo no se retirará, porque no quiere ser arrastrado por la derecha. Y tiene razón, yo apoyo este modo democrático de actuar.

—*¿Dónde iremos a parar si en la Alemania Federal los funcionarios de la Unión reaccionan como burócratas de DDR?*

—Sik ha hecho algún comentario bastante cínico sobre los tres dimisionarios que, por lo demás, han encontrado nuevo equilibrio. Yo le invité a retirarse, pero él naturalmente, no se ha retirado. Sik dirige su comportamiento de forma que el diálogo, tan útil entre los escritores alemanes, continúe. El desarme no tiene sentido. En un mundo armado hasta los dientes la paz sólo se puede defender combatiendo. Toda tentativa de armonización es un fracaso. Los contrastes son demasiado grandes para poder taparlos remozando la fachada.

—*¿En qué está trabajando actualmente, después de «El rombo», «El Korfgebue» y «El encuentro de Telgte»?*

—No me gusta hablar de los proyectos. He escrito un libro tras otro sin interrupción durante dieciséis años, ahora me he impuesto una pausa. He vuelto al oficio abandonado desde hace veinticinco años: la escultura. Incluye el que yo esboce algunas poesías, que algunos pensamientos tomen forma literaria, pensamientos formulados de un modo impreciso. Dedico mucho tiempo a la terracota, y esto me sienta bien. Necesito tomar cierta distancia con respecto a mi trabajo y a las



cosas que amenazan con convertirse en rutina, es bueno alejarse de las cosas...

—Usted vive con frecuencia en Berlín. Tiene allí una casa, dirige un periódico sobre literatura —L 80— y acostumbra a dialogar con grupos diversos: La Iglesia, los escritores, los intelectuales. ¿Qué fuerza, qué consistencia tienen estos movimientos para que sean objeto de su atención?

—No se trata de un fenómeno exclusivamente berlinés

sino alemán. Los jóvenes tienen la sensación de que carecen de futuro y, en parte, estos temores están justificados. Si se deja de lado a los que se unen a este movimiento, tan sólo para seguir en la moda, los otros, los que se sienten verdaderamente implicados, presentan, desde luego, algunos argumentos verdaderamente acertados. La humanidad en nuestro planeta va hacia la catástrofe. Algunos intentan retrasarla, pero es sólo un intento. La máxima velocidad se percibe en la explosión

demográfica del Tercer Mundo. Se incrementa el número de los infragmentados y de los desheredados mientras disminuyen los alimentos en los países subdesarrollados. Mientras tanto hemos llegado al empobrecimiento de nuestros recursos naturales, a la destrucción de nuestros bosques. Esto significará también variaciones climáticas de proporciones gigantescas además del fin de los recursos y dicha explotación no es patrimonio exclusivo de tal o cual ideología, tanto el capitalismo privado como el comunismo de estado son a partes iguales responsables de esta devastación. Ningún movimiento es lo suficientemente fuerte, por otro lado, como para poder detener esta tendencia devastadora.

—¿Tampoco los pacifistas?

—Un movimiento debe, en un determinado momento, transformarse en una Institución, en un partido. No se puede conservar en un movimiento —cualquier movimiento— durante años y años sobre la base de la espontaneidad. Sería mejor encontrar una forma de partido que permita la espontaneidad y este es el problema que, aquí en Alemania tienen los verdes. La base para un movimiento que una a los verdes y a los pacifistas existe. Pero, a pesar del éxito electoral, dudo que los verdes puedan transformarse en un partido y, de este modo, el aliado del SPD en una eventual coalición. Su disponibilidad a llegar a un compromiso, a ponerse de acuerdo en cuestiones tales como el Tercer Mundo, la Ecología, la distensión y el desarme es más bien dudosa, sin contar con los problemas sociales. Los verdes no se intere-

san por estos problemas, no ven las consecuencias que podrían surgir si un día y otro cambiara de signo un sistema económico que durante años a marchado sin obstáculos en el camino de la expansión y del crecimiento.

—Además está la cuestión de la financiación que permanece sin resolver en ningún punto.

—Nadie se la plantea y, una omisión de esta categoría confiere a este movimiento —por tantos motivos necesarios— una impronta de falta de seriedad. Por eso yo prefiero fiarme de un grupo que en Alemania —con todas sus debilidades, con todas sus contaminaciones— me da más confianza para conseguir algún cambio en materia social: la socialdemocracia. El partido es lo suficientemente fuerte como para poder hacer suya la propuesta estudiantil, puede crear un espacio para los verdes y los pacifistas, si éstos no consiguen la autosuficiencia, la independencia. Alemania tiene varios movimientos de protesta de estas características, inspirados en parte en el idealismo alemán: duran uno o dos años. Empiezan con un idealismo exasperado y, con el tiempo, terminan decepcionados a menudo en el cinismo, en el rechazo de la política y sin rodeos, en la mayor parte de los casos se unen a movimientos de derechas. Gran parte de la protesta de estudiantes ha acabado así. Otros muchos se han acercado al SPD o al Partido liberal y han ayudado a su batalla política durante trece años. Si los liberales desaparecen como partido —como es de temer— tendremos que buscarle una patria política a muchos militantes.

—En los últimos días Brandt ha dirigido una llamada en favor de una alianza con la *Geistiges Deutschland*, con la Alemania idealista. ¿Qué pretendía con ello?

—Necesitaba renovar, volver a vender la imagen del Partido, como se hizo al principio de los años sesenta y setenta. Una intención perfectamente lógica, sólo que ahora los intelectuales, los escritores, los artistas y todos los que, de algún modo entran en esta categoría no se dejan convencer ni atraer con la misma facilidad que entonces.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que falta ahora?

—Hay cierta desconfianza. Nos hemos dado cuenta de que ese interés se manifiesta principalmente en el momento de la campaña electoral, mientras que en los intervalos entre las diversas campañas no se presta la misma atención. El Parlamento ha perdido color, sólo quedan los técnicos, los profesores, los funcionarios. El Parlamento de los años cincuenta y sesenta con cosmopolitas como Carl Schmidt o Adolf Arnt era otra cosa, tenía más vida. Allí nos representa un escritor.

—Dieter Lattmann, Presidente de la Unión de Escritores hasta hace poco...

—Sí. Lo ha dejado, ha dimitido, ha sufrido. No tenemos una continuación, un eco. Y si Brandt hace un llamamiento en este sentido debe también proveer a que su partido cree las premisas para tal adhesión. Y no sólo tomando en consideración las necesidades de la oposición, sino intentando crear un nuevo capítulo.

—El crítico de *«Frankfurter Allgemeine Zeitung»*, Marcel Reich Ranicki le ha reprochado el haber querido poner a toda costa la literatura contemporánea al servicio de la política, el haberla convertido en la cenicienta de la política con el resultado —ha dicho él— de que la política no ha cambiado y ha ensuciado la literatura.

—Ranicki simplifica lo que Trosky dice con más precisión en *Literatura y Revolución*: la literatura no debe resultar la sierva de la revolución. Pero no es esto lo que ha ocurrido en la República Federal. Ha habido quizá una breve fase en la época de la Revolución de Mayo, cuando Enzensberger anunció el fin de la literatura, mientras escribía bajo cuerda. Una fase tan breve como ridícula. La mayoría de los escritos comprometidos han continuado escribiendo. Y la cultura no se ha resentido. Mi trabajo en la política me ha proporcionado un sinfín de experiencias, que no hubiera podido acumular si hubiera sido el tipo de escritor normal desdeñoso de la política.

—Hay un ejemplo de esto en el *«Diario de un caracol»*, donde un judío perseguido se oculta hibernado en un almacén de remolachas durante el fascismo y en la que se describe una campaña electoral, la de Brandt en 1972. Los rasgos del profesor ZWEIFEL, descritos en el libro tienen algunos elementos de la biografía de Ranicki.

—Ranicki era un tipo con el que no se podía tratar de ciertos temas, porque era muy extremista, mantenía posiciones indefendibles sin dar pruebas de lo que decía. Y así todo se convierte en polémica. Escri-

bir y hacer política no se excluyen, basta con intentar no hacerse víctima del lenguaje de la política, de sus fórmulas de cobertura o de los elementos cambiantes de su estructura. Con un lenguaje muy pobre, en el que se utilizan conceptos manoseados, discursos hechos de humo y aire. Esto no debe hacerlo un escritor, no debe desvalorizar su propia posición. Sus dificultades son hechos normales. También Pasolini, en Italia, tuvo muchos problemas por su filiación al Partido Comunista. Y se podrían citar a muchísimos intelectuales que, después del compromiso político se han sentido derrotados y han debido aceptarlo, y que han dejado una huella valiosa. Las ideas de Pasolini quedarán, pero las ha podido escribir precisamente por esta razón y debido al hecho de haberse embarcado en la lucha política.

—Pasolini tuvo —más que nadie— una vida llena de sufrimientos y no era un hombre del sistema; era un individuo que tuvo una muerte atroz, ajeno a la vida cotidiana de los comunistas.

—Piensa en Orwell. Tuvo el destino opuesto. Un hombre ejemplar en mi opinión. Como hombre de izquierdas estuvo en España en 1937 en la Guerra Civil, combatió en las filas republicanas y pudo constatar después, con espanto, cómo los republicanos no tenían que luchar sólo contra el fascismo, sino que tenían que luchar también contra el terror estalinista infiltrado entre las filas y que liquidó a miles de anarquistas y socialistas. Orwell escribió un libro sobre ello: «Homenaje a Cataluña». Quiso publicarlo en Londres, pero su editor —que

era de izquierdas— rehusó hacerlo. Los socialistas —entonces aliados de Stalin— no queríamos reconocer que Orwell tenía razón. Y este libro, como todos los suyos, no ha sido publicado en los países del Este. Están prohibidos por la censura. Pero no por ello, Orwell se hizo de derechas. Gracias a esa experiencia ha escrito otros libros, entre ellos *1984*, que dan testimonio de estas amargas enseñanzas. El año 1984 se acerca ya. Podemos hacer un balance. Orwell presintió los grandes peligros de nuestro siglo y los ha descrito.

—Günter Grass, escritor, durante la campaña electoral de 1980, ha dado una conferencia sobre Orwell con el siguiente título: «El siglo de Orwell». ¿Qué es lo que dijo y qué es lo que quisiera modificar o añadir?

—Las tendencias por él señaladas se han confirmado. Sin embargo, algunas cosas están peor de lo que él dijo, otras se han contemplado con una perspectiva temporal, la tríada estalinismo, nacional-socialismo y fascismo, por ejemplo. Hoy nos encontramos todos amenazados por hechos que se encuentran al margen de estas ideologías y que son difíciles de concebir. Los cambios tecnológicos nos han asfixiado. La genética, por poner un ejemplo, empieza a tener peso propio y en pocos años hará grandes progresos con resultados espantosos. Orwell había también previsto esta posibilidad de explotar al hombre. Pero es, asimismo importante —y su importancia viene confirmada día a día—, la descripción que Orwell hace del metalenguaje, un lenguaje que...

—Estandariza todo...

—No sólo esto. Es un lenguaje plagado de expresiones que quieren decir lo contrario de lo que dicen. El Ministerio de la Guerra recibe el nombre de Ministerio de la Paz... Cuando la Unión Soviética invade un país se habla del proceso de normalización que empieza.

—Sin embargo, Orwell no habló para nada de la amenaza nuclear.

—Es cierto, pero se presenta una sociedad en la que la aparición de tal período aparece como algo plausible. No se han previsto ciertos progresos técnicos, pero se ha previsto el grado de entendimiento entre las ideologías y el hecho de que sean intercambiables. Esto lo vemos hoy. Las grandes potencias mundiales han establecido sus propias esferas de influencia y cuando estos intereses están en juego se habla de «intereses vitales» y se lanzan a la conquista, lo cual no excluye que puedan perder. Piense en Vietnam, piense en la Unión Soviética, que no es capaz, que no sabe resolver la cuestión afgana y no tiene la altura necesaria para resolver el problema polaco.

Y de este modo la descripción orwelliana sobre el grado creciente de fungibilidad entre las ideologías adquiere contornos cada vez más claros, y al final es indiferente si los hombres son explotados por el capitalismo privado o por el capitalismo de Estado. Contra uno y otro se dan revoluciones de nuevo cuño con resultados inciertos. Lo que sucede hoy en Polonia o en Ni-

caragua, de donde acabo de llegar, son dos interpretaciones nuevas del socialismo, que no entran ni en la concepción de Lenin ni en la cubana. En Polonia, por ejemplo, se han desempolvado viejas tradiciones socialistas. Y en los dos países tenemos que vérnoslas con un catolicismo militante que parece casi paleocristiano. Pero lo que es cómico es que los dos movimientos están completamente aislados sin poder tener noticia el uno del otro. Al contrario, en Nicaragua, se leen despachos de la Tass y se piensa que a lo que ocurre en Polonia se le puede llamar contrarrevolución. En Polonia, no se lee la prensa local y se oye la «Voz de América», que afirma que en Nicaragua se prepara una nueva Cuba. Sería interesante enfrentar a un partidario de Solidaridad y a un sandinista y después ver lo que ocurre de su enfrentamiento. De sus experiencias en común saldrían ideas parecidas.

—¿Pueden ser ideas para una novela?

—Quizá para más tarde, pero hay muchos temas interesantes.

—Uno de los temas más frecuentes en sus obras es el tema de las minorías de los apátridas. Una vez usted escribió un ensayo titulado Kreuzberg (barrio turco de Berlín) necesita un minarete, en el cual usted auspiciaba la integración de los trabajadores turcos. Me causó un gran impacto. Pero después de cuatro años pasados en Berlín-Kreuzberg me parece que el escritor idealizó la situación.

—En los próximos años Alemania y Europa deben enfrentarse con una gigantesca presión demográfica proveniente de Asia, Africa Negra... Se podría hablar de una nueva Revolución de las Nacionalidades, de invasiones, de migraciones de los pueblos y la miseria en los países del Tercer Mundo está destinada a crecer. Quizá las soluciones puedan venir de un nuevo sistema económico internacional. Turcos, paquistaníes, hindúes, gente de la zona desértica del Sahel... y toda la gente que sueña con venir a Europa, pero que prefiere quedarse en casa. La mejor medida contra la penetración excesiva de los extranjeros, contra tal contaminación —que en las grandes urbes es un verdadero problema— sería la ayuda directa en sus países de origen. La República Federal debe ser un país donde cualquier ser humano tenga derecho de asilo. Pero me disgusta que los estudiantes provenientes de Thailandia, de India, de Kenia o de cualquier otro lugar, que llegan con una bolsa de estudios, y se licencian luego en Medicina, se queden luego aquí para ejercer su profesión, mientras que en su país de origen tienen auténtica necesidad de ellos y como resumen nosotros contamos con un psiquiatra más. He hecho un par de viajes a Asia —no hablo de oídas— y he visto cómo las grandes ciudades enloquecen de médicos, mientras no hay ninguno en el campo. Este inconveniente deriva también de una falsa comprensión del liberalismo que tenemos nosotros. Un punto de vista incómodo, me doy cuenta.

—En su obra se insiste la tentativa de tratar de un mo-

do exhaustivo temas como la paz, la reconciliación, la unión de los contrarios. También Israel y la culpa alemana pueblan sus pensamientos. Usted, como descendiente de padres polaco-alemanes, tiene una relación especial con Israel. ¿Cómo se siente estos días con la masacre de Beirut?

—No podemos plantearle a Israel exigencias morales que no tenemos nosotros mismos. Israel es el resultado de otras tendencias políticas. Begin ha sido siempre un terrorista, desde el principio, desde la época de Palestina como un Mandato Británico, cuando todavía no existía el Estado de Israel. Representa lo más opuesto al progreso en todos los sentidos. Pero... ha resultado elegido. Dentro de cierto tiempo habrá un cambio en la guardia allí, o al menos así lo espero. Begin actúa como un irresponsable, con una política agresiva que tiende a la construcción del Gran Israel, apoyado en las fuerzas que le han respaldado siempre. En el sionismo, en su ala ortodoxa, ha habido siempre una corriente en esta dirección mucho antes de la fundación de Israel. Pero existe una tradición dentro del Partido Laborista que espero consiga tomar el timón. Conozco muchas personas y tengo muchos amigos que se encuentran en una postura crítica respecto a Begin, oponiéndose a él. Son cada día más intransigentes.

La entrevista acaba aquí. Pasamos de nuevo por delante de las esculturas. Puedo, quiero tocarlas. Una anguila fundida en bronce. Grass acaricia una obra suya. No ha salido bien, como si fuera un padre angustiado. Pero Ana,

la madre primigenia, la figura onírica central de Rombo, está sana y salva, rosada como una figura arcaica, con los tres pechos que tanto tranquilizaban a Grass, que fueron más tarde reducidos a dos por

una perversión de la civilización. Ahora está presente y Günter Grass sonríe bajo su bigote.

Petra ROSENBAUM
© Mondoperaio

(1) Vogel en la época de esta entrevista no era todavía el sucesor de Schmidt como Presidente del SPD. Como más adelante se verá, las referencias a Schmidt son anteriores a su renuncia como Presidente del Partido.

